

V

Un mes más tarde, un pintor que hubiera pasado por una solitaria calle del pueblecillo D.... hubiera quedado extático ante un cuadro verdaderamente encantador.

A la puerta de una casa que entoldaba una frondosa parra, se veían sentadas dos jóvenes que parecían saludar á las primeras brisas de la primavera.

Tenía la de más edad, que era rubia y fresca, la belleza de un hada.

La menor, que era algo lánguida, con grandes y dulces ojos negros, la gracia de una musa.

Aquella era Flor de Oro.

Ésta, Ana; pero no aquella Ana pálida, casi demacrada y triste que habéis conocido, mis queridas lectoras, en casa de la arisca y dominante viuda de Martín: un leve sonrosado se extendía por sus mejillas, que ya ostentaban la fresca y satinada redondez de sus diez y seis años; sus ojos brillaban con la plácida luz de la salud y del contento; sus cabellos castaños guarnecían su frente con una gracia infinita; llevaba un traje de modesto percal, pero cortado con graciosa ampli-

tud, y sobre el cerrado escote volvía un cuellecito liso y blanco como la nieve.

Delante de ella había una mesita de pino blanco, y sobre ésta un jarro de loza que contenía un ramillete de flores de los campos y muchos útiles de fabricarlas artificialmente.

En efecto: Ana estaba haciendo una corona imitando aquellas flores que debía lucir la Virgen, patrona del pueblo. Flor de Oro, sentada en una silla baja de anea, en todo igual á la que ocupaba su amiga, bordaba una falda de bautismo de gran riqueza y exquisita batista. Como se ve, ambas habían continuado su respectiva ocupación: la una había sido la maestra de la otra, trocando enteramente el aprendizaje y la dirección.

Vestían iguales, y no había en ellas otra diferencia que la que les imprimía su distinta belleza y la de ser Flor de Oro más alta que Ana.

La rubia hija de la aldea no llamaba señorita á la sobrina de su antigua señora. Ana había exigido que suprimiese este dictado respetuoso, y que, supuesto que era su hermana de corazón, lo fuese también de confianza.

Enfrente de las jóvenes había sentados dos ancianos de blancas cabelleras y apacibles rostros: eran los padres de Flor de Oro, cuyas nevadas cabezas se asemejaban á dos flores de plata.

El padre estaba encorvado, fruto de largos años de trabajo duro y asiduo: sólo la madre tierra hubiera podido decir las gotas que habían caído en

su seno de la frente del viejo labrador, y lo que aquel sudor había fructificado; á su lado había un grueso bastón: era el báculo del patriarca.

Su mujer era pequeña, gruesa y rosada: aún brillaba en su frente la grata inocencia de la esposa casta, sumisa y tiernamente devota, tipo bello y sublime que hallamos á cada paso en las aldeas de nuestra amada España. Aquella buena anciana, ora miraba al cielo, ora á su esposo: cuando alzaba los ojos al primero, su mirada expresaba la alegría, como si allí viese su patria; cuando los fijaba en el segundo, sus pupilas, que el tiempo no había podido empañar, expresaban una dicha íntima y severa, que parecía decir: «ni en vida ni en muerte nos separaremos.»

¡Dulce y santo lazo del matrimonio! ¿y hay quien pueda renegar de tí y culparte de los dramas que se desenvuelven en el seno de las familias? Los lazos que se tienen por más gratos y durables, sólo son un remedo tuyo, y no hay alianza más fuerte y más santa que la que está formada á un tiempo mismo por los lazos del amor y del deber.

Aquella apacible anciana era la que había puesto á su hija el poético sobrenombre de *Flor de Oro*. El nombre de la niña y el de la madre era María; pero no hay alma de madre que no atesore algo de poesía, y había mucha en la de aquella mujer, nacida, criada y envejecida en la apacible soledad de los campos.

En aquella bella tarde de Marzo hilaba un copo de nevado y suave lino, y de cuando en cuando el huso se escapaba de su mano, envidioso de la delicia con que miraba á las jóvenes.

—Hijas—dijo el anciano,—¿cuándo dejáis la labor? Ya sube el sol á lo más alto de la copa del álamo grande.

—Yo, padre, quiero acabar esta flor,—contestó Flor de Oro, mostrando su bordado.

—Yo, concluir de armar este grupo,—añadió Ana.

—Es que ya pronto vendrá don Luis,—dijo á su vez la anciana María.

Al oír aquel nombre, las mejillas de Flor de Oro se volvieron de carmín. Ana permaneció tranquila.

—Y además, pronto llegará también Lorenzo,—añadió el padre.

Al escuchar aquellas palabras, Ana fué la que se puso como una amapola, y su amiga la que permaneció serena.

—¡Pobre hijo mío!—exclamó la anciana María, llevando una mano á los ojos para enjugar una dulce lágrima:—jamás podremos pagarle lo que hace por nosotros. ¡Ganar treinta reales diarios y dármelos intactos! ¡ir cada día dos leguas de camino á trabajar á la ciudad sólo porque nosotros no queremos dejar nuestra aldea! ¡Ah! ¡No hay hijo como nuestro Lorenzo!

—Eso es cierto—afirmó el padre, como si su

voto fuese muy imparcial:—ni mejor hijo ni más hábil y primoroso grabador en maderas. ¡Qué magníficas láminas hacel ¡Las últimas que trajo estampadas ya en papel, para que las viéramos, son divinas!

—¡Dígalo quien las guardal—murmuró Flor de Oro, mirando á su amiga con una risita maligna.

La confusión de Ana llegó eutonces á su colmo.

—Según ha dicho—continuó Flor de Oro,—el dueño del taller le va á dedicar solamente á que haga láminas para mandarlas encajonadas á Madrid: entonces podrá trabajar en casa y á nuestro lado.

En aquel instante se oyó el trote de un caballo.

—¡Ya está aquí don Luis!—dijo la anciana, en tanto que su hija se levantaba por un movimiento maquinal y casi convulsivo.

Un instante después apareció, en efecto, el sobriño de doña Estefanía, que se apeó delante de la puerta de la cabaña.

Era el mismo joven gallardo y elegante, de fisonomía simpática y honrada que hemos conocido. Aquella tarde llevaba reflejada en su semblante la gravedad de un pensamiento que le ocupaba exclusivamente.

Sentóse cerca de la honrada familia; miró á Ana con una emoción profunda, y luego dijo dirigiéndose al anciano:

—Señor Lorenzo, vengo á pedir á usted la mano de su pupila, la señorita Ana.

Palideció el labrador, y miró casi con espanto al que le interpelaba, huyéndose también el color de rosa que tenía el plácido semblante de la señora María.

Pero nadie experimentó la conmoción que Flor de Oro. Pálida también y palpitante, clavó una mirada de extravío en el dulce rostro de su amiga, esperando su primera palabra.

Siguió á la demanda un instante de silencio, que pareció un siglo á los padres y á la hija.

—Yo no tengo ningún derecho sobre esta joven, señor don Luis—contestó el señor Lorenzo;—ella debe responder á usted.

Estas palabras fueron pronunciadas con acento tembloroso. Ana paseó una mirada de ternura sobre los dos viejos, que cayó después sobre su amiga, y respondió luego con acento dulce y firme:

—Señor don Luis, puesto que mi padre, porque siempre miraré como á tal á mi bienhechor, me deja árbitra de mi suerte, debo decir á usted qué, aunque agradezco mucho el honor que usted me hace, no puedo aceptarle.

Tres gritos se escaparon de tres corazones al oír aquella respuesta; pero el de Flor de Oro fué tan penetrante, que vibró hondamente en el alma de Luis, haciéndole fijar los ojos en la joven.

Ana prosiguió:

—Amo á otro, y es un obstáculo insuperable para que yo me una con usted, porque no podría ser dichosa ni darle la felicidad.

—Doy á usted las gracias por esa franqueza, señorita,—dijo Luis tras algunos instantes de silencio; y levantándose, añadió:

—Adiós, y el cielo quiera hacer á usted venturosa con el hombre á quien ama. Si algún día puedo volver como amigo á este hogar, lo haré, porque he pasado en él muy felices horas.

Estrechó, dichas estas palabras, la mano del anciano; saludó con la cabeza á la anciana y á las jóvenes, y, volviendo á montar á caballo, se alejó á paso lento y como preocupado por sus pensamientos.

VI

Una hora más tarde se dejó oír el paso de otro caballo. Los tibios resplandores del crepúsculo habían sucedido á la claridad del día; en cada casa de la aldea brillaba una luz, y de cada chimenea blanca salía una columna de azulado humo. El que venía de la ciudad era otro joven de la edad de Luis poco más ó menos, de cara morena y expresiva, cabellos castaños y ojos negros.

Desmontó y entró en la humilde casita, de cuya puerta se habían retirado ya los dos ancianos y las dos niñas.

—Buenas noches, madre mía —dijo abrazando jovialmente á la anciana, que aún hilaba su copo; —buenas noches, padre. Hoy he trabajado mucho, muchísimo; pero es sábado, y ahí tenéis una onza de oro, el jornal de la semana.

Al decir esto, puso en la falda de la señora María un paquetito que contenía algunas monedas; luego dió una vuelta por la salita, amueblada con sillas de pino y una mesita que sostenía una imagen de la Virgen encerrada en una urna de cristales, y se detuvo al lado de Ana.

Flor de Oro iba y venía, poniendo la mesa para la cena de la familia.

Lorenzo se sentó al lado de la otra joven, que en aquel instante acababa de armar su corona para la Virgen, terminada ya.

—Señorita—le dijo con acento grave, pero un tanto trémulo,—hace ya días que deseo decir á usted una cosa, y no me atrevo... Veo, sin embargo, que nunca tendré más valor, y que lo mejor será que se la diga hoy delante de mis padres.

Los dos ancianos cambiaron entre sí una mirada de alegre inteligencia; pero guardaron silencio. Ana alzó hasta el franco y espacioso rostro de Lorenzo una tímida mirada, y balbuceó:

—No sé, en verdad... ¡ignoro lo que usted quiere decir!

—Son pocas palabras—repuso Lorenzo, que parecía haber tomado una resolución suprema;—he aquí lo que há largo tiempo deseaba decirle, y lo que le digo ahora:

—Señorita, yo la amo á usted; soy un hombre honrado, que puedo mantenerla, y me creo capaz de hacerla feliz. ¿Quiere usted ser mi esposa?

Ana volvió á levantar su plácido rostro: brillaban en sus ojos la confianza y la alegría; alargó con noble franqueza su diestra á Lorenzo, y respondió con voz dulce y serena:

—Yo agradezco ese amor, y le pago con el mío: ésta es mi mano.

El joven besó con transporte aquella mano que

se le ofrecía; el señor Lorenzo se levantó dando palmadas de gozo, y gritó:

—¡Dentro de un mes la boda!

La señora María fué á abrazar á Ana, y le dijo al oído:

—Gracias, hija mía, y bendita seas, pues te debo la felicidad de mi hijo.

—¡Qué no debo yo á ustedes!—exclamó la joven devolviendo á la buena anciana sus caricias. —Pobre huérfana, abandonada de todos, ¿qué hubiera sido de mí, á no haber hallado amparo en mi querida hermana y en su familia? Además, que yo también amaba á Lorenzo, madre mía.

—¿Es eso cierto?

—Ya me oyó usted decir á don Luis que amaba á otro.

—Y ese otro, ¿era Lorenzo?

—¡Sí, madre mía! ¡El es el solo hombre á quien yo he amado!

Un sollozo contenido y sordo vino á mezclarse al acento de las dos mujeres: ambas se volvieron, y vieron llorando á Flor de Oro.

—¡Ay!—exclamó la buena María:—una de mis hijas es ya dichosa; ¡pero la otra!...

—La otra también será dichosa al fin, madre mía—repuso Ana.—Dios es bueno, justo y misericordioso, y ha dicho: los que lloran serán consolados.

VII

Pasaron cuatro años. Durante este largo período se presentaron á Flor de Oro enlaces muy ventajosos; pero todos los rehusó con insistente firmeza.

Ana era ya madre de dos niños: tenía uno de tres años, y otro de dos, que llevaban los nombres de sus abuelos. Parecía que los patrones de aquella buena familia eran la Virgen y San Lorenzo.

Los dos ancianos habían envejecido poco. En el invierno de una vida apacible y consagrada al trabajo, hay pocas tempestades y parece reinar una serenidad inalterable; aquel viejo matrimonio renacía en sus hijos, y era feliz con su dicha.

Todos vivían en familia. Lorenzo ya no iba á trabajar á la ciudad, pues había entrado á la parte en las ganancias del que había sido su maestro, y enviaba su obra á Madrid en cajones, de donde se la encargaban los editores más acaudalados.

Flor de Oro era la que languidecía hacía cuatro años, los mismos cuatro años que hacía era su hermano tan dichoso.

Dos ó tres veces había aventurado algunas

frases acerca de su deseo de hacerse religiosa; pero había visto lágrimas en los ojos de sus padres, y un violento dolor en las facciones de Lorenzo; en cuanto á Ana, se había contentado con decirle al oído:

—Espera, que Dios ha dicho: ¡los que lloran serán consolados!

Una mañana el cartero del lugar trajo una carta para el señor Lorenzo, que se admiró mucho de aquel acontecimiento: desde que su hija había venido de Madrid, no había recibido carta alguna.

El grabador se encargó de leerla; decía así:

«Tres años he necesitado, mi querido señor, para olvidar á la que es hoy esposa de su hijo de usted; pero hace ya un año que estoy pensando cuán feliz sería al lado de una esposa dulce, modesta y bella, como lo es su hija María. ¿Podrá ella ser dichosa á mi lado? Pregúnteselo usted en mi nombre, y vea lo que á ella y á usted propongo.

«Proseguiré con mi despacho de abogado, abierto en esta ciudad; pero compraré en ese pueblo la casita que hay en venta al lado de la de ustedes, y haremos una sola de ésta y de su vecina; viviremos en familia, porque há seis meses que perdí á mi buena madre, y deseo la compañía de ustedes para mi mujer y para mí; yo vendré cada mañana á mi despacho, y por la tarde volveré á casa. Flor de Oro no se separará del lado de sus

padres. Consúltela usted sobre esto, y conteste á quien sabe que le estima mucho, y que desea de todo corazón poder llamarse su hijo.

Luis.

Flor de Oro dejó escapar un grito de alegría, y se arrojó en los brazos de su madre al terminar Lorenzo la lectura de esta carta.

Cuando levantó la cabeza, todas las huellas de sus padecimientos morales habían desaparecido de su bello rostro, que resplandecía con la hermosura de un ángel.

—¡Escribe, hijo mío, escríbel—dijo el anciano.—Dile que venga... ¡que le necesitamos para ser del todo dichosos!

Lorenzo tomó una pluma, y escribió algunas palabras á Luis.

Dos días pasaron entre la alegría y la esperanza; en la mañana del tercero se oyó el paso de un caballo que se detuvo á la puerta de la casita.

De él bajó Luis. Los dos ancianos, Lorenzo y su esposa salieron á recibirle al umbral, y detrás de ellos, trémula y ruborosa, salió también Flor de Oro.

Luis estrechó la mano de Lorenzo y de su padre, y luego oprimió entre las suyas la de la anciana María; mas al fijar sus ojos en el semblante de Ana, palideció como un cadáver y bajó los ojos.

Flor de Oro, que no separaba de él los suyos, vió su terrible emoción: le pareció que dentro de su alma se rompía algún resorte necesario á la vida; alzó una mirada al cielo, y sus labios se movieron como si rezase, mientras corrían dos lágrimas por sus mejillas.

Luis entró en la salita con toda la familia.

—Mañana—dijo,—iremos á ver al señor cura para arreglar los días de las amonestaciones y el de nuestro casamiento.

—No—repuso Flor de Oro:—mañana iré á encerrarme para siempre en el convento del pueblo.

—¡Qué dices!—exclamaron los padres y los hermanos.

—¡Digo que no amo lo bastante á don Luis para ser su esposa, y que el solo esposo que me conviene es Dios!

La joven, dichas estas palabras, se levantó para retirarse; pasó por el lado de Luis, y le dijo en voz baja:

—¡El amor que usted creía muerto, estaba sólo dormido! ¡Huya usted de aquí para siempre! Respete el reposo de Ana y de mi hermano, y que sea yo la única víctima de mi desgraciada pasión.

—¿Qué ha dicho, don Luis? ¿qué ha dicho?—preguntó ansiosa la madre, luego que se hubo retirado.

—Que su única dicha consiste en ser religiosa:

no contraríen ustedes su vocación, y permitan me despida, porque vuelvo á marcharme.

En efecto: media hora después, el galope de su caballo dijo á Flor de Oro, que lloraba en su cuarto, que el hombre á quien había amado tanto se alejaba de allí para siempre, según su deseo.

VIII

Algunos meses después, y en una helada mañana de invierno, un carruaje de camino se detuvo en la pequeña explanada que había delante de la casa del señor Lorenzo.

El coche traía una rueda rota; el postillón llamó y preguntó si había quien la compusiera en el pueblo, en tanto que bajaban unas señoras: la una joven y bella, y la otra de alguna edad y extraordinariamente obesa.

Lorenzo, que fué el que salió á contestar, dijo que en la villa inmediata había maestro de coches; que las señoras podían continuar su viaje en la diligencia que pasaba por allí á las doce, y hasta dicha hora tomar asiento y algún refrigerio en su casa.

Las dos damas aceptaron y entraron en la salita que ya conocemos; pero al salir á recibirlas Ana, que estaba cosiendo, dejó escapar estas dos exclamaciones:

—¡Tía mía! ¡Querida prima!

—¡Ah, ya! ¡Eres tú!—respondió con sequedad doña Estefanía:—estás hecha toda una labriega.

—¿Y á qué debo yo la dicha de veros por aquí?
—preguntó Ana con dulzura, poniendo una cafetera á la alegre lumbre de la chimenea.

—Nos vamos á vivir á la ciudad de T....—repuso Sofía,—porque al fin me caso con mi primo Luis.

—¿Y dejas á Madrid?

—No hay más remedio. Los gastos que hizo mamá para ver si podía lograr mi boda con el Marqués, han sido tales, que ha quedado reducida á muy poco nuestra fortuna; y el ingrato acaba de casarse con otra, aunque nada debe importarme, porque era un necio.

—¿Y tú eres feliz?—preguntó doña Estefanía, sorbiendo una taza de humeante té con leche.

—¡Oh, sí! ¡muy feliz!—respondió Ana con entusiasmo.—¡Tengo un esposo que me ama, y tres hermosos hijos!

El postillón entró á decir que pasaba la diligencia.

Sofía abrazó á su prima, y la viuda de Martín se despidió friamente de su sobrina, subiendo después con su hija al carruaje público.

—¿Qué hay, hija mía?—preguntó la anciana María, que volvía con su marido de la iglesia del convento donde su hija se había encerrado hacía nueve meses.

—Hay, madre mía—respondió Ana,—que toda felicidad humana necesita víctimas; hay que Luis se casa con mi prima Sofía, y que la víctima ex-

piatoria de su dicha y de la mía es nuestra pobre Flor de Oro.

—¡No!—respondió con semblante alegre la venerable anciana.—Sor María es ya dichosa: la he visto hoy blanca y rosada como cuando era niña, y me ha dicho:—Madre mía, estoy contenta con haber abandonado el mundo por el cielo; ya soy feliz y estoy tranquila. Dios lo ha dicho: «Los que lloran serán consolados.» Sólo pido á ese Dios de bondad que, si os vais antes que yo, me reciba pronto allá arriba.—¡Ah!—prosiguió la anciana.—¡Los hombres! Ninguno de ellos, exceptuando mis dos Lorenzos, vale una hora de dolor de una mujer. ¡Pero ese ingrato que así ha olvidado el amor de mi hija, hallará en su casamiento el castigo que merece!

A fines del invierno, y en el término de dos días, murieron los dos ancianos en los brazos de Lorenzo y de Ana.

El último día de Mayo, el alma de Flor de Oro voló al cielo, estando ésta sentada en el jardín: subió á su patria suavemente, sin lucha y sin esfuerzo; sus padres la llamaban, y se reunió á los que habían sido su solo amor sobre la tierra.

Por la mañana se la había visto alegre, sonrosada, y después de recibir el Pan de la Eucaris-

tía, había cantado y reído con las jóvenes novicias.

Flor de Oro sólo podía vivir en los jardines de eterna luz.

¿Se cumplió la petición de la anciana María respecto á Luis?

No me atrevería yo á asegurar que no, porque el secreto de los corazones pertenece sólo á Dios.

Vosotras, lectoras mías, conoceréis este tipo del hombre frívolo y egoísta; del hombre que ama por capricho á la mujer que es imposible para él, y que no es capaz de hacer dichosa á ninguna.

Luis tiene muchos semejantes; á cada paso le hallaréis en el mundo. Es el hombre ambicioso, sombrío en su casa, detractor de todas las mujeres, adulador de los poderosos, que anhela ser diputado para llegar á una cartera, que no ríe por conservar su gravedad, que no reza con fervor, que no da limosna jamás.

Es el hombre todo apariencia, y nada en el fondo.

Es, en fin, el egoísta.

¡Feliz mil veces Flor de Oro, que huyó de él para volar al cielo!

FIN DE FLOR DE ORO

INDICE

ROSA

	Páginas.
DEDICATORIA.....	9
I.—La calle de San Esteban.....	13
II.—Sorpresa y dolor.....	23
III.—Sacrificio.....	29
IV.—Luisa.....	35
V.—Una carta.....	45
VI.—Nobleza.....	51
VII.—Celos maternas.....	61
VIII.—Última esperanza perdida.....	69
IX.—Una mártir.....	79
X.—La muerte.....	87
XI.—La infancia de Rosa.....	93
XII.—La partida.....	99
XIII.—Un buen doctor.....	107
XIV.—La operación.....	117
XV.—Agonía.....	121
XVI.—Edmundo.....	129
XVII.—El perdón.....	135
XVIII.—Los contratos.....	143
XIX.—El casamiento.....	151
Epílogo.....	159